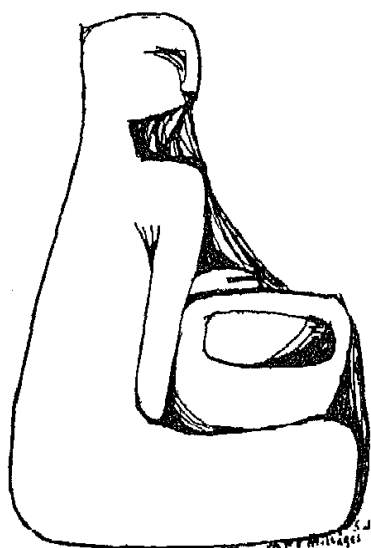


TEATRO



*No hay teatro de arte ni arte del teatro;
hay, sencillamente, teatro.*

JOSÉ BERGAMÍN

JOSÉ MARÍA

PERSONAJES

MARTA	34 años.
SOR ANDREA	26 años.
SOR MARÍA DOLORES	60 años.
SOR INÉS	21 años.
EL CAPELLÁN DON LÁZARO	31 años.
EL PRACTICANTE SEÑOR JIMENO	50 años.

La sala de agonizantes en un pequeño hospital.

Es un rincón apartado de la casa, un reducido espacio de paredes blanqueadas que, por medio de un arco, comunica con una galería transversal de grandes ventanas, que dan paso a las luces de la calle. En la sala dos camas de hierro frente a frente: la de la derecha con las cortinillas herméticamente cerradas; vacía, sin ropa ni colchones la de la izquierda. Un pequeño altar con una cruz de gran tamaño.

Son las nueve de la noche.

Marta en el lecho, tras las cortinas, invisible para todos.

Sor Andrea adornando el altar con flores, un montón de rosas hermosísimas que rebosaron de la cesta colocada ante el altar y se esparcieron por el suelo. Muy lejos se oye en una iglesia el toque de las ánimas.

Dos hermanas atraviesan la galería, una de ellas con un farol. Jimeno, que al entrar se cruza con ellas, las saluda y después llama quedamente a Sor Andrea.

JIMENO.—¡Hermana..! ¡Sor Andrea..!

SOR ANDREA.—(Sin volver el rostro.) Dios le guarde, Jimeno. ¿Todavía por aquí?

JIMENO.—Ya he concluido.

SOR ANDREA.—Tarde ha sido. Son las nueve.

JIMENO.—¿Puedo pasar, hermana?

SOR ANDREA.—Pase usted. (Silencio. Jimeno mira con insistencia hacia el lecho de la agonizante. Al fin continúa la hermana.) ¿Mucho trabajo?

JIMENO.—El de todos los días. ¿El médico no ha dejado instrucciones?

SOR ANDREA.—No. (Nuevo silencio.)

JIMENO.—Y... ¿aún va tirando esa pobre mujer?

SOR ANDREA.—Todavía vive, sí señor.

JIMENO.—¡Infeliz! Nadie sabe el trabajo que a veces cuesta el morir.

SOR ANDREA.—Mejor para ella. ¿Quiere usted sostenerme estas flores mientras yo las ato?

JIMENO.—¡Ya lo creo!

SOR ANDREA.—Mejor para ella. Figúrese usted lo que hubiera pasado si esta desdichada muere repentinamente.

JIMENO.—Cierto. Un alma perdida sin remisión.

SOR ANDREA.—Dios ha tenido lástima y lo dispuso de otro modo. Dióle una agonía larga, dolorosa, cruel, como para mi deseo. (*Su voz fresca se destaca extrañamente, animándose al decir estas palabras.*) Ver venir la muerte desde lejos, mirarla de frente y conocerla... Es muy bonita.

JIMENO.—¿La muerte, hermana?

SOR ANDREA.—No, hombre, hablo de esta flor. Es muy bonita.

JIMENO.—¡Muy bonita..! Pero, ¿no cree usted, hermana, que Dios pudo haber dispuesto otra cosa?

SOR ANDREA.—¿Quién lo duda?

JIMENO.—¿Por ejemplo: que la puerta de la jaula estuviese siempre abierta para poder marcharnos siendo esa nuestra voluntad?

SOR ANDREA.—Aún en ese caso, nunca sería sino la voluntad de Dios.

JIMENO.—(*Apresuradamente.*) Así es, hermana, así es. (*Am-bos callan.*) ¿Y el delirio?

SOR ANDREA.—Desapareció desde la caída de la tarde.

JIMENO.—¿Duerme ahora?

SOR ANDREA.—No, señor. ¿Cómo podría dormir en situación tan extrema? Está aletargada, como embobecida, gracias a la inyección de morfina que le practicó don Pedro.

JIMENO.—¡Santa morfina! Merece figurar en la letanía.

SOR ANDREA.—No diga disparates.

JIMENO.—Ha sido pura broma. ¿Quiere usted que le ayude?

SOR ANDREA.—Gracias: no es necesario.

JIMENO.—(*Volviendo al tema.*) Si a lo menos pudiera morir tranquila...

SOR ANDREA.—Dios lo haga.

JIMENO.—(*Determinándose al hablar.*) Oiga usted, hermana. ¿Querrá usted creer que en tantos años que llevo de practicante en esta santa casa, nunca me he interesado como ahora por un enfermo?

SOR ANDREA.—Usted tiene buen corazón.

JIMENO.—Verdad es. Lo que salta aquí dentro no está aún endurecido a pesar del medio siglo de trabajos y de miserias. No quisiera yo que tan blando se conservase, porque eso de sufrir por los demás, teniendo uno su correspondiente carga de pesadumbres... Pero no lo puedo remediar. ¿Creerá usted, hermana, que a todas horas me acuerdo de esta desgraciada? Ni tan siquiera sé su nombre.

SOR ANDREA.—Marta.

JIMENO.—Marta. Eso es. Antes número 24 de la sala general, tuberculosis pulmonar, ahora número 2 de la de agonizantes... Una de las tantas que nos llegan de allá abajo, del barrio maldito, de la cloaca máxima como dice don Pedro... ¿Sabe usted que esto es horrible?

SOR ANDREA.—¿Qué es horrible, señor Jimeno?

JIMENO.—Esto. Esta sala, la sala de agonizantes, algo así como la capilla para los condenados a muerte.

SOR ANDREA.—(*Sonriendo plácidamente.*) Esta noche está usted por disparatar.

JIMENO.—Así será; pero no ha de negarme usted que el momento del traslado de la sala grande a ésta resulta una crueldad.

SOR ANDREA.—¡Una sala tan bonita, tan alegre, paredes blancas, Dios en el altar, flores..!

JIMENO.—Sí; pero también descubro aquella cama cuyas cortinillas ocultan una agonía... Y sobre todo esta otra, vacía, como una fosa abierta apresuradamente, conservando algo del que antes la ocupó. Es mejor morir allá en la sala grande que morir aquí más solo y abandonado que el viajero que revienta de sed en el desierto.

SOR ANDREA.—Ni solo, ni abandonado. (*Riendo serenamente.*) Pero ¿qué le pasa a usted esta noche, Jimeno?

JIMENO.—(*Reponiéndose.*) Es verdad, es verdad. Ya sé que usted los acompaña.

SOR ANDREA.—Tampoco es eso... Dios está con ellos.

JIMENO.—¿Dios? Es verdad, Dios. No lo había visto. (*Quitándose el gorro.*) Allí está. ¿Y usted por qué se ocupa en ponerle hermoso, en adornarle con tantas flores?

SOR ANDREA.—¿No sabe usted que mañana es el día de la Santa Cruz?

JIMENO.—¡Ah, sí! Tres de mayo. Bien está. (*Contemplando el altar.*) Muy bonito. Muy bonito.

SOR ANDREA.—(*Colocando un vaso con flores al pie de la cruz.*) ¡Vaya con Jimeno y qué cosas se tenía guardadas!

JIMENO.—No importa, hermana. Usted convendrá conmigo en que, a pesar de todo, hay una gran diferencia entre morir así, en la cama de todo el mundo, con un número a la cabecera y despedirse en cama propia, apretando la mano de un padre, de un marido o de un hermano.

SOR ANDREA.—Más bajo.

JIMENO.—¿Qué?

SOR ANDREA.—Me parece haber oído...

JIMENO.—¿Quién? ¿Ella?

SOR ANDREA.—Ella, sí... Me parece...

(*Silencio. Ambos se acercan quedamente a la cama. Detrás de la cortina suenan palabras confusas, silabeo indistinto como el de un rezo: es el monólogo de la agonía.*)

JIMENO.—¿Qué dice?

SOR ANDREA.—No distingo bien...

JIMENO.—¿Pide algo?

SOR ANDREA.—No; son palabras confusas. El delirio que vuelve quizás.

(*Suena de nuevo el murmullo, se agita levemente la cortina y al cabo se percibe una voz ronca que silabea pausadamente: ¡José María! ¡José María!*)

JIMENO.—José María... ¿Qué dice?

SOR ANDREA.—Lo de siempre. ¡Cuántas veces le ha llamado desde que entró en esta santa casa!

JIMENO.—José María... ¿Quién es ese?

SOR ANDREA.—Un hermano suyo. ¡Cosa más rara! Pobre mujer.

JIMENO.—¿Un hermano? ¿Tiene un hermano?

SOR ANDREA.—Así parece. Un chico que emigró a las Américas hace más de quince años y del que nadie ha vuelto a tener noticias.

JIMENO.—¡Cosa más rara!

SOR ANDREA.—La mujer que la trajo a esta casa hace ocho días, afirmó que no tenía familia.

JIMENO.—¿Y sin embargo..?

SOR ANDREA.—Ya lo ve usted... No cesa de llamar a ese hermano y a cada momento cree verle entrar en la sala. ¡Figúrese usted! Cosas de enfermo. Ella misma me ha dicho que nunca ha recibido carta ni noticia alguna de él. Tal vez murió.

JIMENO.—¡Quién sabe!

SOR ANDREA.—Tal vez nunca ha existido y sea toda esta historia un engendro del delirio.

JIMENO.—¡Quién sabe!

SOR ANDREA.—Lo curioso es la fe que tiene en que ha de venir a curarla, a salvarla... ¡Qué sé yo..! Ella misma no lo explica bien. Está vestida en el lecho. No he podido vencer su resistencia a desnudarse. Le espera preparada a la marcha, a un viaje al campo, a su pueblo, donde ha de recobrar la salud o ha de encontrar la salvación... No sé... No sé...

JIMENO.—¡Qué tristeza, hermana!

SOR ANDREA.—(*Riendo serenamente.*) ¿Tristeza? Mientras más pesada la carga, más dulce y consolador el canso.

JIMENO.—Ahora nada se siente.

SOR ANDREA.—Ha vuelto a aletargarse. (*Mirando por las cortinas.*) ¡Jesús Divino! Tiene la muerte pintada en el rostro.

JIMENO.—Durará mucho aún.

SOR ANDREA.—Ha dicho el médico que no pasará de esta noche.

(*Silencio. Sor Andrea vuelve al altar. En el patio del hospital suenan tres campanas.*)

JIMENO.—Tres campanadas. Si no estuviera tan lejos don Lázaro, diría que anuncian su visita.

SOR ANDREA.—¡Quién sabe! ¿No leyó usted su telegrama?

JIMENO.—Sí, sí, ya lo he leído abajo. Ayer enterraron a su madre.

SOR ANDREA.—Pues de un momento a otro le esperamos. Ya terminó su misión en el pueblo.

JIMENO.—¡Si fuera él! Cuánto me alegraría de que llegase a tiempo. Parece que estando él aquí no sería tan triste la despedida de esa pobre mujer.

SOR ANDREA.—Nuestro capellán es un santo.

JIMENO.—Y un hombre de corazón.

SOR ANDREA.—Ya está solo en el mundo.

JIMENO.—¿Solo? Aún le queda una familia inmensa que nunca tendrá fin. Todas las salas y aposentos de esta casa grande están llenos de hermanos suyos... Y el mundo entero también. Parentela tan larga que jamás ha de faltarle.

SOR ANDREA.—Es verdad.

(Separándose del altar para contemplarlo. En la galería aparecen dos hermanas, una de ellas con un farol, deteniéndose a la entrada de la sala.)

SOR MARÍA DOLORES.—*(En voz baja.)* ¡Sor Andrea!

SOR ANDREA.—Ya he terminado y me voy al dormitorio.

SOR MARÍA DOLORES.—No es eso: quería decirle que ha llegado don Lázaro.

JIMENO.—¿Don Lázaro? Voy a su encuentro. *(Sale.)*

SOR INÉS.—*(Con voz infantil, alegre, no domada aún por la austeridad.)* Ha llegado... Nunca adivinará usted cómo ha llegado... *(Conteniendo la risa.)*

SOR MARÍA DOLORES.—Hable bajo, hermana, y no ría en este sitio.

SOR ANDREA.—¿Pues cómo ha llegado?

SOR INÉS.—*(Sin poder contenerse.)* ¡Montado en una mula!

SOR MARÍA DOLORES.—Llegó tarde a la parada del coche correo y no quiso esperar a mañana... Ya le parecía largo el tiempo pasado fuera de casa.

SOR INÉS.—Además viene vestido de seglar.

SOR MARÍA DOLORES.—Como que regaló la sotana nueva al cura de su pueblo.

SOR INÉS.—Resulta muy extraño... Parece otro... ¡Parece un hombre! Me dieron tentaciones de reirme en sus barbas cuando le di el pésame...

SOR ANDREA.—¡Qué cosas dice!

SOR INÉS.—En sus barbas, sí. Lo menos en quince días no se ha afeitado. ¡Cuando digo a usted que parece un hombre!

SOR MARÍA DOLORES.—No diga tonterías, hermana.

SOR ANDREA.—Vendrá muy triste.

SOR MARÍA DOLORES.—Lloraba cuando entró por el pórtico... ¿Y esa pobre mujer?

SOR ANDREA.—Agonizando; pero muy tranquila. Será para la madrugada

SOR MARÍA DOLORES.—Ya volveremos por aquí. Vamos, Sor Inés, y procure reprimir esos impulsos inoportunos de risa...

SOR INÉS.—Tiene razón, Sor María Dolores... yo lo reconozco, pero no puedo remediarlo...

(Las últimas palabras no se perciben. Ambas se van por la galería hacia la derecha. Sor Andrea contempla silenciosamente el altar. El suelo, a sus pies, está cubierto de flores y ramas. En el lecho, una agitación estremece las ropas y hace crujir el hierro. Sor Andrea vuelve la cabeza, pero todo queda en reposo y de nuevo contempla, satisfecha, su obra. Don Lázaro y Jimeno entran por la galería viniendo de la izquierda.)

LÁZARO.—Buenas noches, Sor Andrea.

SOR ANDREA.—*(Dirigiéndose a él con cierto apresuramiento.)* ¡Ah! Buenas noches, padre. Que Dios le asista y le dé su santa resignación.

LÁZARO.—Gracias, hermana.

(Lázaro es un hombre delicado, pálido. En su rostro ha crecido la barba, comunicándole un aspecto enfermizo. Viste de negro con traje modesto de seglar; el cuello solamente indica su estado eclesiástico.)

SOR ANDREA.—*(Bajando la voz.)* Ya hemos encomendado el alma. Dios la tendrá en su gloria.

LÁZARO.—*(Emocionado.)* Ya lo sé. Gracias.

JIMENO.—No le esperábamos hoy.

LÁZARO.—*(Con un gesto vago.)* Allá arriba ya nadie necesitaba de mí.

JIMENO.—¡Pobre don Lázaro! ¡Cuánto habrá sufrido solo!

LÁZARO.—Yo nunca estoy solo. Además en aquella casita todo me acompañaba: recuerdos de la niñez, cosas viejas que al verlas o al tocarlas parecían remozarse, animarse y contar travesuras del muchacho, sacrificios de la vieja, toda una leyenda conmovedora de héroes humildísimos que lucharon con la miseria y el abandono bajo las tejas rojas, entre las paredes blancas de aquella casita colgada como un nido en mitad de la cuesta.

JIMENO.—(*Volviendo a su idea fija.*) Ella tuvo el consuelo de morir en brazos de su hijo. Otras mueren solas, abandonadas, esperando y llamando al que no llega.

LÁZARO.—Nunca se llama inútilmente a la puerta del prójimo.

JIMENO.—¡Hum!

LÁZARO.—No. Yo siempre lo había pensado así; pero ahora lo veo con pasmosa claridad.

JIMENO.—¿Ahora?

LÁZARO.—Sí, después de la muerte de mi madre. Amigo Jimeno, pasó el tiempo de los sermones, es necesario predicar con el ejemplo; es necesario arrancar la idea de la fraternidad de las hojas de los libros, de las frases huecas del discurso, de las alturas inaccesibles del ideal, romper los hilos que le retienen colgando de los cielos para que caiga a la tierra y entre en todos los corazones, en la entraña formidable y fecunda del barro humano. Como aquí llegue, verá usted cómo la semilla se hincha, germina y revienta al igual de la del trigo y como se multiplica fabulosamente esmaltando con doradas espigas las tierras que parecieron más estériles. Trátase entonces de desgranarlas y aventarlas en las eras, allá en las cúspides donde el viento se lleva las impurezas, de reducirlas a polvo impalpable sometiéndolas a la ruda presión de las piedras del molino movidas por el impulso domeñado del agua o del viento, de amasar esa harina por los propios puños del hombre, benditos por el trabajo, de purificar la pasta por el fuego en los hornos y de repartirla a domicilio como alimento indispensable, base de la vida, de la salud y

de la felicidad, pan divino, fraternal comunión en que los espíritus se reúnan y al fin se reconozcan hermanos. El pan nuestro de cada día.

JIMENO.—Padre, todo eso está bueno para usted que es un santo.

LÁZARO.—Yo no soy un santo. Soy un hombre, un pedazo de ese barro sobre el cual ha caído recientemente lluvia abundante de lágrimas. Todo esto que antes sentía de un modo vago, ahora me deslumbra. ¿Sabe usted cuál fue el testamento de mi madre, de aquella pobre mujer de los campos, sin cultura? Fue una frase sin cesar repetida en su larga agonía, la última que como un beso frunció sus labios. Me decía: «Vete, tu hermana te espera, vete».

JIMENO.—¿Tu hermana?

LÁZARO.—Sí; al principio imaginé que era delirio; yo nunca tuve hermana. Después entendí que era un legado, el de todas las pobres de este hospital de mujeres que buscan un hermano y no lo encuentran. Por eso, por obedecerla, vine pronto.

JIMENO.—Ha llegado usted a tiempo. Esto es milagroso. Ahí tiene usted a su hermana.

LÁZARO.—¿Quién? Ah, esa que está allí... la agonizante... ya me han contado abajo...

JIMENO.—Mire usted... he sentido un escalofrío de terror al escucharle... Figúrese usted don Lázaro que se trata de una mujer... de una pobre mujer perdida, que ingresó en esta santa casa hace ocho días con una enfermedad de muerte... tísica... Ya está en lo último y dice don Pedro que no pasará de esta noche.

LÁZARO.—La historia de siempre.

JIMENO.—Eso. Una vieja horrible la trajo. Apenas sabemos su nombre, Marta. De lo demás, padre, lugar donde nació, historia de su juventud... nada.

LÁZARO.—Noche oscura.

JIMENO.—Sin un rayo de luz.

LÁZARO.—Quiero verla. (*Acercándose al lecho.*)

JIMENO.—¡Oh! mírela usted bien. Puede que la reconozca.

LÁZARO.—Sí, es una de las que mi madre me legó... Algo murmura en voz muy baja. Está rezando, hermana...

SOR ANDREA.—No, llama a su hermano...

JIMENO.—Eso. Un hermano suyo que se marchó a las Américas hace muchos años y del que nadie, ni ella misma, ha vuelto a saber absolutamente nada.

SOR ANDREA.—Lo extraño es la asociación de la imagen del hermano con la esperanza de curarse... tal vez de salvarse... Ella habla de salvarse allá en su pueblo adonde él ha de llevarla consigo cuando venga... Ella lo espera de un momento a otro.

LÁZARO.—Dice usted bien... es extraño.

SOR ANDREA.—Si viera usted con qué aplomo me aseguraba que su hermano le trae la vida; pero no la vida de ella, sino otra vida... otra vida nuevecita, acabada de salir de fábrica... Y luego ella misma se confunde y habla de cómo el hermano fabrica la vida con olores de retamas y brisas de la montaña y flores del campo y agua de fuentes cristalinas... ¡Cosas del delirio!

(Del confuso murmullo se destacan nuevamente las dos palabras: ¡José María!)

JIMENO.—¿Oye usted?

SOR ANDREA.—El nombre del hermano.

LÁZARO.—*(Sencillamente.)* Mi nombre.

SOR ANDREA.—No entiendo, padre.

LÁZARO.—Yo soy su hermano.

SOR ANDREA.—Cierto; hace poco hablábamos de eso. Todas las que sufren aquí son sus hermanas.

LÁZARO.—Así es; pero eso no basta: ella pide un hermano en cuerpo y alma y, como ella despierte, lo tendrá.

JIMENO.—¡Hermoso!

LÁZARO.—Yo soy José María, el pobre desterrado, el compañero de la niñez que regresa del Continente lejano para dar a su hermana la suprema despedida.

SOR ANDREA.—¡Faltar a la verdad, padre..!

LÁZARO.—¿Está usted segura de que no es verdad?

JIMENO.—¡Oh, hermana! La pobre mujer morirá tranquila.

SOR ANDREA.—No es una mujer... como las demás.

LÁZARO.—Ni siquiera es mujer. Es un rayo de luz humana que se apaga.

SOR ANDREA.—Yo consultaría antes, en su caso, con el superior.

LÁZARO.—*(Mirando al crucifijo.)* ¡Mi superior!

(Va hacia él conmovido, cayendo de rodillas sobre las rosas, descansando la frente sobre el borde del altar.)

¡Mi superior! ¡Oh, Padre universal, Padre de todos, dicen que esto es mentira, ficción, comedia! ¡Dicen que no somos tus hijos! ¡Dicen que no somos hermanos!

(Allí permanece largo tiempo, mientras Jimeno retrocede hasta la galería. Sor Andrea permanece a los pies del lecho pensativa. Silencio absoluto. Al cabo, la mano de la enferma entreabre las cortinas. Entonces se la descubre por vez primera. Es una mujer de más de treinta años, una tísica en las últimas horas de vida. Está vestida e incorporada en el lecho.)

MARTA.—*(Voz tranquila y débil.)* Hermana...

SOR ANDREA.—Hija mía.

MARTA.—Dispéñeme si la molesto. ¿Qué hora es?

SOR ANDREA.—Las diez.

MARTA.—¿De la noche?

SOR ANDREA.—De la noche.

MARTA.—¡Qué tardel! ¡Estarán ya cerradas las puertas de esta casa!

SOR ANDREA.—A todas horas están abiertas, hija mía.

MARTA.—Entonces podrá él entrar y verme enseguida.

SOR ANDREA.—¿Quién?

MARTA.—Él, mi hermano, José María.

SOR ANDREA.—¿Pero en qué se funda usted, pobre mujer, para creer que su hermano ha de venir a buscarle..? Después de tantos años... solo, en América, con trabajos y miserias... un niño... lo probable es que...

MARTA.—No, hermana, no ha muerto. Estoy completamente segura de que vive, de que va a llegar... ¿Dice usted en qué me fundo? Pues en que le he visto... No con estos ojos... Hace un momento yo dormía... mejor que dormir... era un reposo, un bienestar divino, como si no tuviera ya cuerpo, hermana, sino alma sola, un alma con grandes alas para flotar en los aires, y entonces le ví.

SOR ANDREA.—Le vio usted, ¿dónde?

MARTA.—Aquí mismo. En este cuarto. Hablaba en voz baja con usted y otro hombre a quien conozco, pero cuyo nombre no recuerdo... Hablaban de mí... Él no quiso despertarme... pensaba que yo dormía sin sospechar que le estaba viendo, pero sin poderme mover ni gritar... ¡cosa tan rara!

SOR ANDREA.—¿De modo que está aquí en la casa?

MARTA.—¿No me ha entendido usted, hermana? Acaba de salir de aquí, tal vez no ha salido, está muy cerca esperando a que despierte... Hermana, por favor, si usted quisiera ayudarme... estoy muy débil, pero desearía levantarme, recibirle en pie.

SOR ANDREA.—Eso no. ¡Qué locura!

MARTA.—Si me siento mejor, mucho mejor. Un par de días más y podré salir de aquí con mi hermano y marchar juntos a nuestra casa, al Valle de San Andrés... ¡Tierra de mi alma! Vamos, hermana, ayúdeme usted.

SOR ANDREA.—No; tranquilícese usted. Si está de Dios que venga, ya le recibiremos; pero sin agitación, sin delirio...

MARTA.—¿Delirio? Pero ¿qué he de hacer, qué he de decir para convencerla de que no sueño? ¡Ah! (*Señalando al altar.*) ¡Mire usted! ¿Me engañaba? ¡Allí está! ¡José María!

LAZARO.—¡Marta!

(De pie, apoyado en el altar, los brazos extendidos como para bendecir. Marta, que ha bajado trabajosamente de la cama, tiende los brazos. Lázaro corre hacia ella; se abrazan. Mientras la enferma se cuelga del cuello de Lázaro, Sor Andrea dirige a éste algunas palabras en voz baja.)

LAZARO.—Sí, hermana, convenido... Avisaré... Yo tampoco quisiera estar solo con ella cuando...

SOR ANDREA.—La muerte no espera.

LAZARO.—(*Contemplando a la enferma.*) ¡Pobre, pobre mujer! Hasta luego, hermana. Pídale a Dios que me ayude.

MARTA.—(*Alzando la cabeza, siempre prendida a su cuello, le mira con arrobamiento.*) Al fin llegaste. Im-

posible me parecía que no vinieras. ¡Te he esperado
tanto tiempo, horas y más horas, días y más días,
tan sola en esa cama que me consumía como la llama
de un brasero!

LÁZARO.—¡Pobre hermana!

MARTA.—No, no me compadezcas. ¿Para qué tienes lásti-
ma de mí? ¿No te ha dicho la hermana que ya estoy
curada? ¿No lo ves? ¡Qué bien respiro! Aquella ma-
no tremenda que me apretaba aquí dentro, sin com-
pasión, ha dejado libres mis entrañas, se ha mar-
chado, se ha desvanecido en las tinieblas, como esos
otros fantasmas que rodeaban mi cama y que tanto
me han hecho sufrir... Creo que me nacen alas, unas
alas muy grandes, transparentes, y que de un tirón
podría volar de aquí a San Andrés. *(Ríe.)* ¿Te acuer-
das? A la casita blanca, colgada a medio camino de
la montaña, a la mitad de la cuesta, con el cielo
arriba y el valle abajo. ¡El valle de San Andrés! ¡No
hay en el mundo nada tan hermosol! ¿Te acuerdas?
¡Tierra de mi alma!

LÁZARO.—Allá iremos. Pronto, muy pronto, Marta.

MARTA.—¿Cuándo?

LÁZARO.—Mañana.

MARTA.—Ahora mismo. ¿Por qué no?

LÁZARO.—Ya es tarde. ¿No ves arriba el cielo negro, sin
una estrella, y la calle abajo, honda, sombría, las
tiendas cerradas y la gente que circula despacio,
despacio. ? Ya es tarde. Mañana.

MARTA.—Bueno, esperemos. Tendré paciencia.

LÁZARO.—Siéntate aquí, a mi lado, al pie de la cruz.

MARTA.—Sí, juntos los dos. No llames a nadie. Quiero es-
tar sola contigo toda la noche, hasta que llegue el
momento de marcharnos. Tengo sed de verte. Eres
un hombre. ¡Qué diferente del niño de otros tiem-
pos, de aquel Pepillo que jugaba conmigo delante de
la casa, en el polvo dorado del camino! Soy una
vieja. Tengo ya treinta y ¡cuatro años. Tú treinta.

LÁZARO.—Treinta y uno.

MARTA.—Es verdad. ¿Crearás tú que me acuerdo cuando
viniste al mundo? ¡Cuidado si hace años! Fue por
la mañana. Un día de mucho sol, que entraba por

la ventana grande de la alcoba, como la llamarada de un incendio. ¿Quién me llevaba de la mano? Un hombre, padre quizás. Apenas me acuerdo de él. Pero era una mano de hombre la que estrechaba la mía, una mano callosa y dura. . Y de pronto junto a la cara de mi madre que sonreía como el cielo de aquella mañana, vi otra pequeñita, malhumorada y roja... Eras tú, que acababas de llegar. Lloré aquel día, porque no me quisieron dar el cajoncito dentro del cual habías hecho el viaje... Venías de París .. ¿Tú cómo te puedes acordar de esto..? Pero más adelante, cuando ya caminabas, ¿te acuerdas de haber ido conmigo tantas veces a la tienda de Anastasia, al fondo del valle? ¡Bajabas siempre la cuesta con mucho valor, pero a la mitad de la subida, te parabas y me decías, mirándome con ojos de desconsuelo: —¡Llévame! Y yo cargaba contigo y subía jadeante, con tus dos brazos alrededor de mi cuello. Me robabas los turrónes de azúcar que traía en el cesto y los chupabas con una mueca celestial.

LAZARO.—¡Oh, de eso sí que me acuerdo! ¡Te quería tanto, tanto..!

MARTA.—¿Y el día que te caíste en la acequia? ¡Cuando te vi, chorreando agua, lívido y con los ojos cerrados! Te traía en brazos Miguel, aquel molinero. ¿Te acuerdas?

LAZARO.—Y al día siguiente, saltaba y reía como si tal cosa. Los niños son así?

MARTA.—¿Y de mamá te acuerdas? ¿La tarde aquella, cuando la vimos tendida en medio de la sala, con la cara tapada por un pañuelo y las manos amarillas sobre la negrura del traje?

LAZARO.—¡Oh! sí, bien me acuerdo... las velas ardiendo en la claridad de la tarde, la casa llena de gente, una voz profunda que rezaba, rezaba y mi llanto desesperado detrás de la puerta... llanto inconsciente, llanto de niño... ¿Qué sabía yo entonces de la soledad y de la muerte?

MARTA.—¡Qué frías estaban las manos, cuando las puse en cruz sobre su pecho!

LÁZARO.—¡Qué frías sus mejillas cuando en ellas dejé el beso de la despedida!

MARTA.—Y luego la encerraron en una caja grande y negra.

LÁZARO.—Y se la llevaron bajando, siempre bajando hasta el fondo del valle

MARTA.—Allá abajo la campana doblaba, doblaba...

LÁZARO.—Y los pasos se perdieron en el silencio.

MARTA.—Ya era de noche.

LÁZARO.—Para nosotros, una noche como las demás, ni más larga, ni más corta. Para ella, la noche sin fin.
(*Silencio.*)

MARTA.—¿Cómo pude separarme de ti? ¡Oh!, te lo juro, fue el ansia de ser algo, de ganar la vida para los dos, de que a mí sola debieras el porvenir que te faltaba. Yo quería trabajar para ti, dedicarte mi vida entera. ¿Te acuerdas de doña Rosalía, la maestra de San Andrés? Ella me inspiró la idea de venir a la ciudad, de entrar en la Escuela normal. ¡Oh!, cuando supe tu marcha, cuando recibí aquella carta de despedida...

LÁZARO.—Yo había tenido el mismo pensamiento, me dominaba la misma esperanza de ser algo, de conquistar una fortuna para ti.

MARTA.—Entonces... después... yo... (*Su memoria tropieza con el recuerdo infame.*) ¡Oh!, qué noche tan larga. ¡No volverá jamás la luz del día! ¿Dónde está?

LÁZARO.—¿Qué tienes, hermana?

MARTA.—(*En pie; comienza la agonia; vos ronca, llama siniestra en los ojos; evocación de la mancebía.*) ¿Quién me llama? ¿Eres tú, Soledad? Ya voy. ¿Por qué reís? ¿Son los de ayer? ¿Muchos, muchos, dices tú? ¡Oh, qué cruz tan pesada!

LÁZARO.—Marta, hermana, ¿qué dices? ¡Oh, qué visión tan horrible! ¡Mírame, abrázame, soy yo, José María, tu hermano, que ha venido a salvarte, a llevarte consigo al campo, a la pureza, a la serenidad del espíritu sin mancha!

MARTA.—¡No, no voy contigo! Tengo miedo. Llevas aquí el cuchillo con el que me marcaste la otra noche. Tengo aquí la cicatriz. ¿No la sientes?

LÁZARO.—¡Marta, despierta! ¡Oh, Señor, ten compasión de

ella! ¿Vas a dejarla morir así? (*De rodillas ante la cruz.*) ¡Apíadate de ella y de mí, Padre nuestro que estás en los cielos! ¡Oh, Marta, despierta, despierta! ¡Vamos a nuestra casa, a la casita blanca colgada en la mitad de la loma, con el cielo arriba y el valle abajo!

MARTA.—(*Evocación del nido; voz suave, pura y lenta.*) ¡El valle de San Andrés! ¡Tierra de mi alma! ¡José María! ¡Recoge las alas, las alas grandes, y transparentes y préndelas de nuevo a mis espaldas! ¡Ya, ya hemos llegado! ¡Qué hermosura! Esta es la casa, aquí está el umbral de la puerta. Descansemos. Siéntate a mi lado. Aún es de noche, pero el sol no ha de tardar. ¿Ves cómo empieza a sonreír allá abajo, detrás de la loma? Tengo sueño.

LÁZARO.—Ven aquí, a mis brazos, duerme aquí, sobre mi corazón, como yo tantas veces me dormí sobre el tuyo.

MARTA.—Sí, dormir... el sueño me atrae... me llama...

LÁZARO.—¿Sufres, hermana?

MARTA.—¿Yo? nada... Más cerca, más cerca... (*Se apaga lentamente.*) Oh, si tu supieras... José María, hermano mío...

LÁZARO.—Todo lo sé.

MARTA.—Lo sabes... ¿y aún me quieres?

LÁZARO.—¡Te quiero con toda mi alma!

MARTA.—Ahora sí que puedo dormirme. ¡Qué bien estoy! No te vayas. ¿Un beso?

LÁZARO.—Toma.

MARTA.—¿Por qué lloras?

LÁZARO.—Por nada. Es llanto de alegría.

MARTA.—Recemos juntos, ¿te parece? Como hacíamos al acostarnos, cuando éramos niños... Padre Nuestro que estás en los cielos...

LÁZARO.—Bendito sea el tu nombre...

MARTA.—Venga a nos el tu reino...

LÁZARO.—Y hágase tu voluntad...

MARTA.—Así en la tierra como en el cielo. (*Un largo silencio.*)

LÁZARO.—(*De pronto.*) ¡Marta!

MARTA.—(*Como si despertase.*) ¡Un beso!

LAZARO.—¡Toma, pobre abandonada, santa mártir, hermana de mi alma! Yo te bendigo en nombre de Aquél que nos mira desde allí, del eterno perdón, del amor eterno!

MARTA.—¡Más arriba! ¡Cuánta luz! ¡Un mar de oro!

LAZARO.—¡Ah! Al fin es tuya, ¡Padre Nuestro que estás en los cielos!

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS